

Operación «Antieureka»

CONSIGNA: MATAR A LOS TRES GRANDES



El almirante Canaris tenía absoluta confianza en Walter Schultz y le encargó una de las misiones más peligrosas de toda la guerra: eliminar a los tres grandes en Teherán.

«Hemos decidido que usted participe en la operación. En los próximos días se reunirán, en Teherán, Stalin, Roosevelt y Churchill. Tenemos que impedir que esa conferencia se celebre».

Schellenberg, jefe del servicio de espionaje y contraespionaje, una de las columnas de la seguridad del Tercer Reich, miró fijamente al joven oficial que tenía delante haciendo con la mano el mismo gesto que si quitara el polvo de la mesa: «Entiéndame bien —continúo, machacando bien las sílabas—. Se trata de una operación que interesa personalmente al Führer». Luego pasó rápidamente a los detalles de organización: «Mayor Schultz, usted será ciudadano suizo: mayorista de algodón; será mejor que le acompañe su mujer en su viaje al Irán».

El oficial no tuvo tiempo ni siquiera de abrir la boca. «No se preocupe. Ya he pensado en la mujer». Schellenberg cogió el teléfono interno y dijo sencillamente: «Anna Steiner».

A los pocos segundos una graciosa rubia de unos veinticinco años, vestida con el uniforme de las SS, entró en la oficina y saludó militarmente. Schellenberg no pudo ocultar una sonrisa de complacencia. «Quiero presentarles. Esta es la señorita Steiner, que se hará cargo de los mensajes cifrados y los enlaces radiofónicos. Aquí el mayor Walter Schultz, encargado de organizar la llegada de nuestros especialistas a Teherán. Desde este momento, por motivos oficiales, sois marido y mujer. Mañana estaréis en Berna y tomaréis el primer avión que salga para Teherán. Sois las únicas personas al corriente de la operación a quienes esta noche se les permite pasear libremente por Berlín. Los demás están en sus cuarteles por orden del Führer. Si llega a producirse una fuga de informaciones, no tendremos dudas sobre los responsables».

Operación «Antieureka»

La operación «Antieureka» («Eureka» era el nombre secreto dado al encuentro de Teherán en la correspondencia privada de Stalin, Roosevelt y Churchill) había sido ideada por los alemanes sólo veinticuatro horas antes. Primero se proyectaba enviar a unos cuantos gastadores y paracaidistas a las proximidades de la frontera

turco-persa. Desde allí podían alcanzar Teherán, donde los agentes alemanes estaban preparando puestos de observación en torno a las embajadas inglesa, americana y soviética. Propósito de la misión: liquidar o hacer prisioneros a los jefes de Estado de los países enemigos del Eje. Era una empresa destinada a elevar la moral de una Alemania sometida ya a la ofensiva militar soviética y a los bombardeos aéreos aliados. De una forma u otra la «Antieureka» habría impedido la celebración de la conferencia en la que iban a establecerse los términos de la colaboración «en tiempo de guerra y en tiempo de paz».

Para los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética no había sido fácil ponerse de acuerdo sobre la celebración de «Eureka» en Teherán. Stalin, Churchill y Roosevelt intercambiaron numerosos mensajes a partir del mes de septiembre de 1943. Roosevelt y Churchill deseaban que la reunión se celebrase en El Cairo o Bagdad. Stalin insistió desde el primer momento en Teherán, y Roosevelt aceptó finalmente. Tan pronto como el servicio secreto alemán tuvo noticia de los preparativos para «Eureka» pensó en la operación «Antieureka».

Una mañana del mes de noviembre sonó de repente el teléfono en una salita de la oficina «Oriente Medio», perteneciente a la organización Canaris. «Aquí el mayor Wartel Schultz». «El Brigadeführer Schellenberg desea hablarle inmediatamente. Le espera en su despacho». La orden tenía un tono de bastante frialdad y de aparente resentimiento. El mayor Schultz, treinta y tres años, siempre elegante, mimado por las mujeres y con la cartera tan repleta («Mi tío es en extremo generoso») que podía prestar dinero a todos sus colegas de oficina, quedó perplejo. El almirante Canaris y Schellenberg no eran precisamente sus mejores amigos, debido a la estructura competitiva de los dos servicios. El mayor Schultz recobró pronto la serenidad. Si hubiese fallado algún eslabón de la cadena, Schellenberg le habría mandado a dos SS para sacarle todo lo que sabía. Y hubiese sido enorme su sorpresa. Porque Schultz, oficialmente sobrino de uno de los primeros partidarios de Hitler en la época del «putsch» de Munich, joven brillante en los salones aristocráticos del Berlín nazi, funcionario importante del servicio de Canaris, era en realidad ciu-

dadano soviético, oficial de la NKVD (Comisario Popular para Asuntos Internos, es decir, la policía secreta de la URSS). Schultz había llegado a ser hombre de confianza del espionaje militar del Tercer Reich, uno de los elementos más preciosos del espionaje soviético en Alemania. En la Unión Soviética le habían condecorado en secreto con la orden de Lenin, precisamente por sus actividades con Canaris.

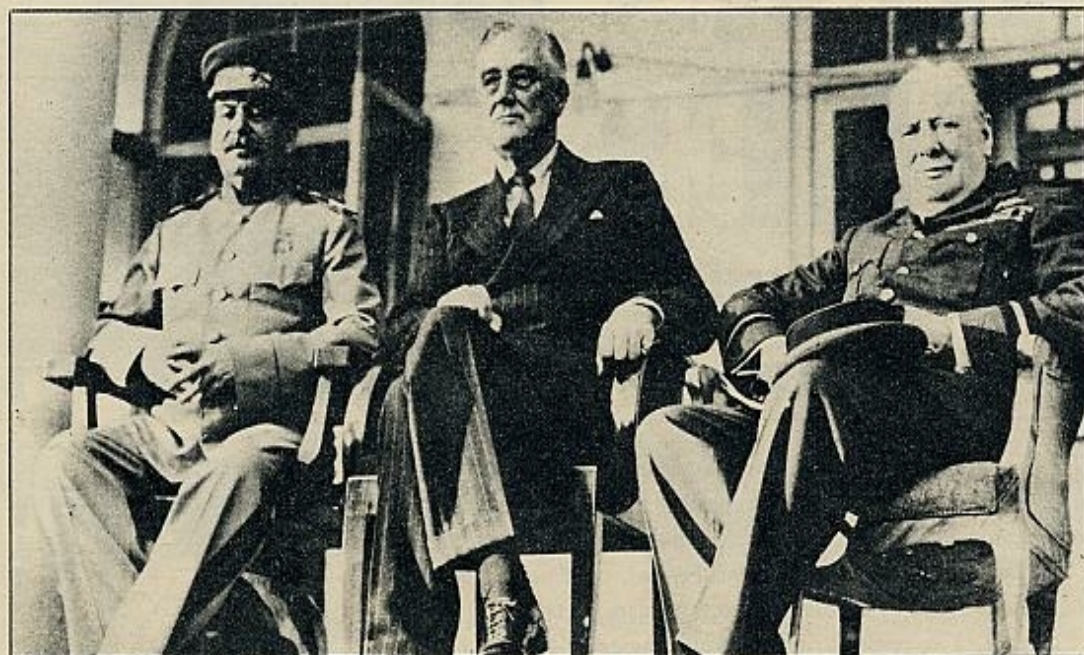
El agente de Canaris

El nombre auténtico de Walter Schultz no lo sabemos todavía. Los soviéticos publicaron recientemente, por vez primera, una documentación novelada, aunque «fundada sobre elementos preciosos», sobre el caso del oficial de la NKVD convertido en hombre de confianza del servicio Canaris. El libro se titula «El complot contra «Eureka»», y en el prefacio se advierte al lector que ha habido que cambiar «necesariamente» el nombre soviético de Schultz por el de Iliá Svietlov.

«El complot contra «Eureka» no es un buen libro: como relato de espionaje está escrito en un estilo bastante discutible; como documento histórico es confuso. Sin embargo, se le considera un «libro precioso» porque el servicio secreto de la URSS se ha decidido a abrir sus archivos y a revelar una de las más sorprendentes historias de espionaje.

Aceptamos a Iliá Svietlov tal y como nos lo presentan los rusos. Hijo de un agrónomo enviado a una colonia alemana de la Rusia meridional, en la que se ha creado una cooperativa de vicultores, se hace amigo íntimo de Friedrich Schultz. Svietlov y Schultz padres, ambos comunistas, caen en el curso de una batalla contra los «blancos». Los dos muchachos van a vivir juntos. Iliá habla el alemán perfectamente. Friedrich quiere ser ingeniero, Iliá aspira a la carrera del partido, pero el Komsomol lo elige para la escuela especial de la Cheka y le hace policía político. Año y medio después, Iliá vuelve a la colonia alemana. Friedrich le dice: «La única novedad que hay es que mi tío Hans, que vive en Alemania, ha empezado a hacer las diligencias oportunas para adoptarme y llevarme con él a Munich. Está solo, es viejo y tiene bastante dinero. Pero yo no quie-

El golpe más audaz del espionaje nazi falló gracias a un agente soviético



La conferencia de Teherán se desarrolló con toda normalidad. Pero Roosevelt, para mayor seguridad, durmió aquella noche en la embajada soviética.

ro dejar a mi novia». Iliá, bien adiestrado en la escuela de la Cheka, presiente una magnífica oportunidad. Habla con sus superiores. A las pocas semanas llega la decisión de Moscú: Friedrich cambiará de nombre, fingirá dejar la colonia alemana, pero en realidad irá a parar al Politécnico de Novosibirsk. Iliá le sustituye y se traslada a Alemania con el propósito de adherirse al partido nazi, que está ya en el umbral del poder.

En febrero de 1930, en la estación de ferrocarril de Munich, el viejo Hans Schultz espera a su sobrino para darle un abrazo de bienvenida. Solamente ha visto una foto suya de cuando era niño, y su presunto sobrino tiene ahora casi veinte años. Hans Schultz ha estado relacionado con el nazismo; conoce a Rudolf Hess en persona, y, para evitar líos, decide cambiar de nombre al sobrino (su procedencia de Rusia podría levantar sospechas). Le hace pasar por otro, todos los documentos están en regla, lo adopta como Walter Schultz, heredero de una pequeña fábrica de embutidos. Con él se traslada a Berlín. Walter se matricula en la facultad de lenguas orientales: es uno de los mejores alumnos; organizador de la juventud estudiantil nazi, hace su tesis sobre la lengua persa (que ya conocía antes de salir de Rusia).

A través de sus enlaces, Moscú ordena al agente con misión en Berlín: «Trate de hacer carrera en el partido nacionalsocialista. No pierda de vista los servicios de información». Hitler lleva poco tiempo en el poder. En los salones de Berlín, Schultz habla de que preferiría un trabajo útil a la causa, un trabajo «expuesto», y no la rutina de las oficinas diplomáticas o las direcciones empresariales. Alguien informa inmediatamente al mirante Canaris, siempre a la búsqueda de colaboradores para su servicio de espionaje militar.

Schultz posee óptimas referencias, procede de una familia íntima de Hess y del Führer: le contratan con facilidad. En Moscú toman buena nota de su ascenso, pero le dejan en paz por el momento. Canaris piensa en Schultz como jefe de fila de una organización autónoma de espionaje destacada en Teherán. En Irán, los alemanes están bien representados; el servicio de Schellenberg, especialmente, dispone de una buena red de agentes. Pero Canaris quiere crear, en cada país, soluciones de recambio por si los grupos de espionaje ya existentes fuesen eliminados de improviso.

El honrado comerciante

He aquí por qué en 1938 Schultz partió para Berna, donde estuvo empleado en una firma textil de «import-export» subvencionada por los alemanes. Como Samuel Schultzer, ciudadano suizo de origen hebreo, comerciante, pasaporte en regla, en julio de 1938, el teniente nazi Schultz (y capitán de la NKVD Iliá Sviétlov) tomó un tren en Zurich para trasladarse al Irán a través de Alemania, Polonia y la Unión Soviética. Comportamiento intachable durante el viaje por territorio soviético; ningún contacto, sólo interminables partidas de ajedrez en el departamento del tren con un aburrido turista inglés: un hábil taquígrafo de la policía secreta soviética enviado a propósito para recoger todo cuanto Sviétlov pudiese contar.

Durante tres años, en Teherán, Schultzer-Schultz-Sviétlov llevó una vida tranquila, sin riesgos, aunque muy activa desde el punto de vista profesional. En Moscú y Berlín estaban satisfechísimos, y ambas «centrales» le ascendieron de grado. El joven espía podía utilizar tranquilamente sus informaciones ya para los alemanes ya para los soviéticos: tan sólo tenía que cambiar de clave y de transmisor. En el verano de 1941 (el propio Canaris llegó de inspección a Teherán con pasaporte falso), de improviso, la atmósfera se volvió dramática. Tras el ataque alemán a la URSS, Berlín pensó organizar un golpe de estado en Irán, así como una serie de sabotajes a gran escala y un movimiento de resistencia antisoviética y antibritánica. El propio Schultz fue incluido en el «plan global». Sin embargo, gracias a su trabajo, los puentes y los ferrocarriles minados no llegaron a saltar y los depósitos de armas y explosivos fueron tomados intactos.

Schultz volvió precipitadamente a Berlín, también vía Suiza. Los alemanes le consideraron el único que no había perdido la cabeza en el momento de la catástrofe general. Los soviéticos condecoraron al chekista Sviétlov e informaron a sus mandos militares en el Irán —rogándole transmitieran el mensaje a ingleses y americanos— que el comerciante suizo Schultzer era uno de los pocos extranjeros honrados del lugar; podía, por tanto, regresar a ocuparse de sus asuntos siempre y cuando lo deseara.

La ocasión se presentó en noviembre de 1943, cuando

se preparaba «Eureka». El matrimonio Schultzer llegó al aeropuerto cogido de la mano, como una pareja de recién casados.

Inmediatamente el mayor Schultzer pone manos a la obra. Encuentra unos terrenos idóneos para el aterrizaje de dos aviones alemanes de transporte, así como una zona favorable para el lanzamiento de paracaidistas; organiza el traslado clandestino, y por etapas, de grupos de gastadores a Teherán y establece los cuartelillos y puestos de observación para los comandos.

Los alemanes confiaban en el factor sorpresa; sabían que ingleses, americanos y soviéticos movilizarían fuerzas especiales para proteger a los jefes de Estado, pero estaban también convencidos de que nadie, en Moscú o en Washington, podía imaginarse una tentativa de asalto armado contra la conferencia internacional convocada a tanta distancia de las fronteras del Reich. Unas cuarenta páginas del libro «El complot contra "Eureka"» están dedicadas a los detalles de la operación.

Una semana antes del comienzo de la conferencia, dos aviones alemanes tipo Junker, sin contraseñas nacionales, volaron durante la noche hacia Teherán. Dentro van las vanguardias de los gastadores. Los cazas soviéticos entran en acción, derriban el primer avión, el segundo se salva desapareciendo en el cielo turco. Todos los confidentes y agentes alemanes, así como el personal a sueldo destacado en Teherán, son sorprendidos con las manos en la masa. Uno de los agentes, un falso emigrante polaco, trata de eliminar a Schultz, pero falla.

Anna Steiner, la rubia de la oficina de Schellenberg, había presintido el doble juego de Schultz poco antes de que estallase la represión (Schultz se comportaba «demasiado correctamente» con ella). Inmediatamente cogió el coche para trasladarse al refugio donde estaba instalado el transmisor de radio, pero éste ya no funcionaba. Creyendo que la seguían, perdió el control del coche y se precipitó desde un puente.

La oficina de espionaje de Schellenberg, deshecha la intenciona, renunció a la empresa. «Eureka» se celebró normalmente. Roosevelt, por prudencia, durmió en la embajada soviética. «Pravda» habló por entonces de un «atentado fallido». No se volvió a tratar más del asunto. El único que conoce toda la verdad es Schultz-Sviétlov.